

DERRIBANDO ESTATUAS, RECONSTRUYENDO LA MEMORIA. EL DISCURSO HISTÓRICO EN TORNO A LA CONQUISTA DE AMÉRICA A CINCO SIGLOS VISTA

IVÁN MALLADA ÁLVAREZ

Instituto Astures de Educación Secundaria
Lugones, España

Fecha de recepción: 11/04/2023

Fecha de aprobación: 28/06/2023

Resumen: Desde el siglo 16, la labor de los españoles en el descubrimiento, conquista y colonización de América fue cuestionada por aquellos países que, no pudiendo vencer a los ejércitos españoles, tergiversaron, cuando no mintieron abiertamente, sobre aquella magna empresa. Siglos después fueron los criollos independentistas y en la actualidad los numerosos movimientos populistas americanos los que han asumido dicho discurso azuzando a las masas en el derribo de las estatuas y monumentos conmemorativos y en la reescritura del discurso histórico. Fenómeno este propiciado por las contingencias y avatares de una política nacional española que zahiere la labor de nuestros ancestros allende los mares.

Palabras clave: descubrimiento, Colón, leyenda negra, conquista de América, hispanistas.

Abstract: Since the 16th century, the work of the Spanish in the Discovery, conquest and colonization of America was questioned by those countries that, unable to defeat the Spanish armies, misrepresented, or lied, about that great labor. Centuries later, it was the pro-independence American people and currently the numerous American populist movements that have assumed this discourse, inciting the masses to demolish the statues and commemorative monuments and to rewrite the historical discourse. This phenomenon is fostered by the contingencies and vicissitudes of a Spanish national policy that hurts the work of our ancestors beyond the seas.

Keywords: Discovery, Columbus, Black Legend, Conquest of America, Hispanists.

Haec propheta expleta est per patrem meum Cristophorus Columbus almirantum (Colón 1932). Con esta cita, se refería Hernando Colón al cumplimiento que su padre diera de la profecía contenida en el segundo acto de la tragedia *Medea* de Séneca en la cual, el genial autor hispano, afirmaba “tiempos vendrán al paso de los años en que suelte el océano las barreras del mundo y se abra la tierra en toda su extensión y Tetis nos descubra nuevos orbes y el confín de la tierra ya no sea Thule” (Séneca 1980).

Es ya un hecho reconocido por la Historia que los navegantes y exploradores escandinavos habían descubierto y realizado algunas exploraciones de América del Norte mucho antes de que Colón pusiese un pie en dicho continente. En las sagas nórdicas, especialmente en la *Saga de Erik el rojo* y en la *Saga de los groenlandeses* (Anónimo

2010) se detallan los pormenores de las expediciones vikingas en las tierras de la actual Newfoundland y Terranova (Wahlgren y Pardo 1990). Pero aquellos pueblos del norte de Europa no hicieron sino otear las costas e iniciar tímidos desembarcos. No construyeron pueblos, ni se fundieron con los nativos y realmente nada añadieron a los conocimientos del mundo sobre aquella parte ignota del planeta que permanecería inédita casi medio milenio más y que ni se incorporó al bagaje geográfico europeo a la par que otras conquistas escandinavas como Islandia o Groenlandia. Por eso el honor de extender los confines de la tierra más allá de Thule recaen en Cristóbal Colón, un genovés que actuó en calidad de español, por obra de la fe y del dinero de España, en buques españoles y con marineros españoles y que tomó posesión de aquellas tierras descubiertas en nombre de España¹ (Enkvist y Ribes 2021), rompiendo por otra parte el *non plus ultra* que Hércules grabara en las columnas que situó a uno y otro lado del Estrecho de Gibraltar (Sánchez Martínez 2010). Más importante que el descubrimiento de América, lo cual ciertamente es bastante gloria para un hombre aun cuando no fuera consciente del hecho, es la extensión de la navegación por el hasta ese momento denominado *Mare Tenebrosum*, que dejaba de ser un océano poblado de peligros y criaturas sobrenaturales, y la apertura de nuevas posibilidades para la navegación (Sánchez Saus 2000), un factor trascendental que ni los portugueses, pioneros en las expediciones atlánticas, se atrevieron a hacer al diseñar una ruta de cabotaje hacia la India a lo largo de la costa africana (Baquero Moreno 1996).

No obstante, otro hecho es lo suficientemente significativo del acontecimiento histórico vivido, aún sin saberlo por sus protagonistas en 1492, pues el autor del descubrimiento intelectual de América fue un florentino de nacimiento –Américo Vesputio– a quien un impresor alemán hizo padrino de medio mundo (Cantera 2022).

Como puede verse, la amalgama de nacionalidades al servicio de la Corona de España –que así puede denominarse ya a la conjunción de territorios bajo el cetro de los Reyes Católicos y sus herederos (Las Heras y Monteagudo 1988)– incluye a genoveses, florentinos, portugueses, alemanes y, por su puesto, españoles, evidenciando que la empresa, bajo la bandera de Castilla, aunó a todos los territorios de la Corona en lo que era ya una proyección de construcción nacional ensamblado primero en torno al final de la Reconquista y, después, en la evangelización del Nuevo Mundo (Ladero Quesada 1989).

Si en 1992 España y América celebraban eufóricos el quinto centenario del descubrimiento en una serie de fastos de la mayor trascendencia, poco menos de dos décadas después comenzaba al otro lado del Atlántico a cuestionarse la actuación de los descubridores y conquistadores, la administración española que pervivió durante más de tres siglos e incluso el concepto mismo de descubrimiento (Cardelús 2018).

¹ Para ser rigurosos hemos de decir que, en nombre de Castilla, si bien es cierto que la denominación “España” aún no oficial, sí se utilizaba desde la Edad Media para referirse al conjunto de los reinos peninsulares hispanos. Confróntese: Negro Pavón 2012.

Efectivamente, uno de los problemas que suele tener mayor atractivo polémico es el de definir quién descubrió a quién. Es cierto que ni Colón ni ninguno de sus acompañantes sospechaba, ni de lejos, la existencia de un continente tan enorme, ni tampoco fueron a descubrirlo. Se buscaba un camino corto, fácil y expedito para llegar a los mercados de las especias asiáticas (Antequera 2021). El error cometido al calcular el diámetro de la Tierra es lo que les hizo creer que las primeras tierras avistadas eran el oriente de Asia y por eso les llamaron Indias y, a sus habitantes, indios. Tienen que transcurrir los famosos treinta años comprendidos entre el descubrimiento y la primera circunnavegación mundial llenos de aventuras y acontecimientos con sello español –y una participación internacional más que notoria al servicio de éste–, para que se establezca definitivamente el tamaño de la Tierra y para que se conozca la existencia de un enorme continente, llamado América injustamente. De haber sido un simple descubrimiento se habría logrado hacer de Sevilla un centro mercantil y financiero como lo eran o habían sido en la Edad Media Amberes, Génova, Venecia o Constantinopla. Pero fue mucho más que eso: fue el encuentro de dos cosmovisiones completamente antagónicas, lo que permitió cerrar el conocimiento completo del mundo y que logró algo superior, logró hacer de Sevilla la metrópoli comercial y financiera de todo el orbe durante dos siglos (Lumis 2016). No obstante, el antagonismo inicial, el triunfo de la exploración, conquista y colonización de las vastas tierras americanas fue lograr la fusión de ambos mundos y la equiparación en derechos y oportunidades de los indígenas con los europeos. Por eso hablar de descubrimiento sabe a poco y ni sirve para explicar la concepción de Sevilla no como una metrópoli financiera, sino como la capital auténtica de todo un continente y de su contenido (Morales Padrón 2003).

Ahora bien, semejante planteamiento, el del encuentro de dos mundos y la fusión de dos culturas, planteamiento mantenido a ambos lados del Atlántico hasta hace una década implicaba reconocer los logros y los avances conseguidos. Implicaba aceptar que, en el momento de la independencia, a principios del siglo 19, los habitantes de Lima, Buenos Aires o Ciudad de México tenían un nivel de vida más alto que aquellos que habitaban no ya en Asia o en África, sino en ciudades europeas como París, Londres o San Petersburgo (Chamorro 2022).

¿Qué hace entonces que muchos hispanoamericanos se cuestionen su papel como descendientes de la herencia cultural, religiosa, económica y política dejada por España en aquellas latitudes? ¿Es este un fenómeno una manifestación espontánea del sentir popular o sirve a un interés definido?

Desde luego no parece casual que el cuestionamiento llegara a partir del año 2010 coincidiendo con el momento más grave de la crisis económica y financiera internacional que tan hondas repercusiones tuvo en la rebaja del nivel de vida de millones de personas a lo largo del mundo, con evidente mayor incidencia en aquellos países menos desarrollados y fuertemente dependientes de sus exportaciones de materias primas como sucede con la práctica totalidad de los países

Derribando estatuas, reconstruyendo la memoria. El discurso histórico en torno a la
conquista de América a cinco siglos vista

hispanoamericanos. Había pues que buscar alguien que depurase la responsabilidad de semejante debilidad económica en aras de la estabilidad interna de aquellos países. Un agente externo y extraño a quien culpar de ese estado de postración y que sirviese para cohesionar a la población. El chivo expiatorio perfecto fue la metrópoli. La antigua potencia colonial a la que, pese a los más de dos siglos transcurridos desde la independencia, se le achacaban todos los males actuales. Por eso términos como genocidio, explotación, saqueo, etc. comenzaron a hacerse cada vez más habituales en el vocabulario de este argumentario (Káiser y Álvarez 2016).

Por supuesto, semejante interpretación política de la Historia implicaba un automático silenciamiento de los logros o de las mejoras alcanzadas en tiempos coloniales. Y lo más grave aún, significaba echar por tierra el tradicional planteamiento historiográfico mantenido en aquellos lares durante dos siglos, pero no solo el planteamiento historiográfico, sino la propia Historia por cuanto su estudio revelaba que –salvo excepciones regionales o coyunturales– los países hispanoamericanos se habían empobrecido desde su independencia colonial.

Baste un ejemplo de cómo se inició este revisionismo. En marzo de 2011, durante una visita oficial a Argentina, el entonces presidente Hugo Chávez vio la estatua que se levantaba detrás de la Casa Rosada y preguntó: “¿Qué hace ahí ese genocida?”. Era una escultura de Cristóbal Colón de unos seis metros de alto y 38 toneladas, hecha en mármol de Carrara, ubicada allí desde hacía casi un siglo. “Colón fue el jefe de una invasión que produjo no una matanza, sino un genocidio. Ahí hay que poner un indio”, dijo Chávez (*La Nación*, 9 de junio de 2013).

Para muchos de los que acompañaban a los séquitos presidenciales tales palabras resultaron extrañas. Sin embargo, dos años después, el gobierno de Cristina Fernández retiraba la estatua de Colón de su privilegiado emplazamiento y la resituaba –tras meses de debates– en un espacio menos señero².

Este pensamiento era y es ajeno a la opinión generalizada de una amplísima mayoría de argentinos que siguen diciéndose “descendientes de los barcos” y donde resultan obviamente aplastantes los apellidos españoles, italianos y alemanes. Y, desde luego, chocaba con el pensamiento del presidente argentino Hipólito Irigoyen cuando en 1917, al firmar el decreto que declaraba festivo el 12 de octubre, proclamaba:

² Sustituida por Juana Azurduy, hija de una mestiza y un hacendado vasco que se destacó en defensa del proceso independentista, y que ni es india ni su familia era americana, lo que desmonta, a través de la genealogía de los líderes independentistas, buena parte de los mitos creados por las nuevas repúblicas americanas. En las facciones y gestos de la nueva estatua se transmite además un odio y una ferocidad voraz, algo inusual para quien dice representar a un movimiento ética y moralmente superior por sus ideas de confraternidad y libertad.

La España descubridora y conquistadora volcó sobre el continente enigmático y magnífico el valor de sus guerreros, el denuedo de sus exploradores, la fe de sus sacerdotes, el preceptismo de sus sabios, las labores menestrales y, con la aleación de todos esos factores, obró el milagro de conquistar para la civilización la inmensa heredad en que hoy florecen las naciones a las cuales ha dado, con la levadura de su sangre y con la armonía de su lengua, una herencia inmortal, que debemos afirmar y mantener con jubiloso reconocimiento (Decreto 1917).

¿Cómo se produjo entonces la cesión entre lo planteado por Irigoyen y lo defendido hoy en día por la actual hornada de líderes hispanoamericanos? El cálculo para semejante cambio de paradigma fue bien sencillo, únicamente se debía buscar el ejemplo de imperialismo más devastador para la alteridad indígena y para su sistema político, cultural y económico y equipararlo al caso americano aun cuando no fueran asimilables, sino más bien antagónicos. Ese ejemplo lo encontraron en el continente negro.

Para los –en términos históricos– recién descolonizados países de África hay una tipificación muy característica de lo que pueden llamar el hecho colonial. Una potencia europea se apodera por la fuerza de un país africano, lo somete política y militarmente y establece una situación de dicotomía en la que coexisten, con dificultad y sin fundirse, dos sociedades, dos mentalidades, dos culturas, hasta que finalmente, la vieja cultura sometida, con las transformaciones que le ha ocasionado inevitablemente el hecho colonial, recupera su libertad y se esfuerza en revivir un pasado más o menos mítico con formas políticas modernas. Eso no fue lo que pasó en lo que hoy llamamos con bastante impropiedad la América Latina. Desde el primer momento no se estableció la coexistencia separada de dos culturas, dos lenguas, dos religiones, dos mentalidades, sino que ocurrió un completo y rápido proceso de fusión, una mezcla en el más completo y rápido proceso de mestizaje que la historia haya conocido, para formar un nuevo hecho social, histórico y cultural que ya no correspondía a la identidad de ninguna de las culturas fundadoras (Salas Perea 1991, 539-556).

Pero el resultado fue bien diferente, y esta nueva civilización, la hispanoamericana, no apareció por generación espontánea, se fue creando con las aportaciones de ambas poblaciones, poco a poco, y no solo por la lengua, sino también por la religión, por la filosofía, el derecho y una extensa pléyade de elementos no excluyentes sino inclusivos para ambos mundos (Rodríguez 2007, 255-274).

Desde el punto de vista cultural, España destruyó poco en América y, por el contrario, realizó una obra constructiva quizá solo comparable a la que realizó Roma. A ningún europeo se le ocurriría hoy en día –como hacen muchos presidentes hispanoamericanos con España y sus representantes– pedir explicaciones, exigir

Derribando estatuas, reconstruyendo la memoria. El discurso histórico en torno a la conquista de América a cinco siglos vista

reparaciones o disculpas a Italia por alumbrar un Imperio Romano que durante siglos sometió a sangre y fuego la cuenca mediterránea hasta forjar un imperio del que a nadie se le ocurriría renegar o renunciar a su legado³. Del mismo modo que España no pide reparaciones a Francia por la invasión de 1808 y ni siquiera los países africanos anteriormente citados exigen explicaciones, aunque sea en el plano diplomático (Lumis 2017).

Sin embargo, uno de los reproches típicos que se hacen a la presencia española en América es que arrasó importantes culturas autóctonas, privando a la humanidad de los adelantos logrados por civilizaciones como la Maya, Inca, Azteca, etc. Habría pues que preguntar a Chávez a qué indio habría que colocar en el pedestal ocupado antes por Colón: a un caníbal Caribe, uno de los mayas o aztecas que realizaban sacrificios humanos, quizás a un soberano inca de los que ejercieron un despotismo brutal sobre cientos de otras culturas o a uno de los indios nazca que realizaban ofrendas infantiles a sus deidades. Pues si bien la conquista americana tuvo un impacto negativo sobre las poblaciones nativas este fue siempre colateral. No hubo un genocidio de los indígenas americanos muertos *manu militari* por unas tropas españolas siempre poco numerosas y que tuvieron, tanto en México como en Perú, la ayuda, la alianza y la participación activas de otros nativos hasta entonces sometidos y que vieron en los españoles el elemento igualador que les permitía salir de una situación de postración brutal, cruel y oscura. La merma de las poblaciones vino por el choque vírico entre dos mundos con enfermedades e inmunidades disociadas (Malamud 2010). De esta manera la conquista de América con la participación de los propios indígenas desmonta muchos de estos mitos creados por la leyenda negra y se contrapone al modelo de conquista y colonización anglosajón donde se buscaba precisamente la creación de colonias de poblamiento cuyos ejemplos paradigmáticos son Estados Unidos, Canadá, Nueva Zelanda o Australia arrinconando y pisoteando los derechos de los nativos⁴ siglos después de que estos hubieran sido protegidos en los territorios dependientes de España⁵.

³ En la Península Ibérica la presencia romana se inició a finales del siglo II a. C. y se prolongó en algunas áreas hasta la deposición misma de Rómulo Augústulo en 476 d. C. Para llevar a término la conquista de Hispania se vivieron más de dos siglos de cruentas y descarnadas guerras entre la población indígena y las legiones conquistadoras para alumbrar una fértil y culta provincia romana de la que a nadie se le ocurre actualmente abjurar. Véase: Negrete 2018.

⁴ El Día de Acción de Gracias original fue celebrado por colonos españoles en San Agustín de Florida un 8 de septiembre de 1565.

⁵ El testamento de Isabel la Católica en 1504 es considerado el punto de arranque de las Leyes de Indias –recopilación de las Leyes de Burgos de 1512 y las Leyes Nuevas de 1542, garantizaban derechos a los indígenas prohibiendo su esclavitud y el sistema de la encomienda– al explicitar a las autoridades españolas “no consientan ni den lugar a que los indios vecinos y moradores de dichas islas y Tierra Firme, ganados y por ganar, reciban agravio alguno en sus personas y bienes, mas manden que sean bien y justamente tratados, y si algún agravio han recibido lo remedien y provean” (Del Arco Blanco 2016).

Más aún, pasado el primer impacto, las contingentes de población nativa se recuperaron hasta el punto de que en la actualidad los datos son a este propósito bien elocuentes. En México, 27.5 millones de personas, un 21.5% de la población son genuinamente indígenas; en Bolivia, 5.5 millones, el 48% de la población; en Guatemala 8 millones, 45% de la población; en Perú, 6 millones de personas, 20%. A estas cifras deben sumárseles el de la población mestiza fruto de la unión de las poblaciones hispanas y americanas o de la unión de la población americana con esclavos negros africanos llegados al continente especialmente tras la independencia de las colonias. Por el contrario, el otro modelo de conquista existente en América arroja datos suficientemente reveladores que, por contraste evidencian a las claras la benignidad de la colonización española. En Estados Unidos solo el 1.3% de la población pertenece a las “naciones americanas” –exterminadas aquí sí sistemáticamente y no en fechas lejanas, sino en el siglo 19– y en Canadá el número es aún más revelador, el 0.34% (Cozzens 2018).

Si la estatua de Colón en Buenos Aires fue la primera en sufrir esta especie de revisionismo febril, una amplia nómina, cuya enumeración sería muy extensa aquí, siguieron su estela: Sebastián de Belalcázar, Gonzalo Jiménez de Quesada, Isabel la Católica, Fray Junípero Serra, Pedro Menéndez de Avilés y un largo etcétera. En Chile, en los cuatro meses de protestas que comenzaron en octubre de 2019, 1353 bienes culturales fueron vandalizados, muchos de ellos irreversiblemente destruidos (Calvo Buezas 2022). Más grave aún es que en España determinados partidos políticos se sumen a la ola iconoclasta y alienten a las masas a hacer lo mismo que se hace en América, pues alegan que: “Las ciudades hablan mediante los nombres de sus calles, monumentos y estatuas. Cuentan una historia política de élites y oligarquías. Los habitantes toman la palabra en San Francisco y tiran la estatua de Junípero Serra. En Palma de Mallorca pacíficamente debería ser igual” (*Diario de Mallorca*, 21 de junio de 2020).

Claro que la Historia es una historia de élites y oligarquías toda vez que la democracia tiene poco más de un siglo de existencia y no en todos los países. Ahora bien, si el hecho de que no hubiera una cultura democrática invalida esa Historia habría que demonizar también la Atenas de Pericles que excluía a las mujeres, los extranjeros y los esclavos de la participación en política. O reflexionar, cuando observamos los noticieros estadounidenses sobre cómo el país inventor de la democracia moderna no reconoció derechos electorales a su población negra hasta bien entrados los años sesenta del pasado siglo.

Resulta obvio que lejos de resolver los problemas actuales de la población, el señalamiento de estos prohombres del descubrimiento y la conquista supone la negación de lo evidente: reescribiendo la Historia y derribando estatuas no se resuelven problemas cuya única solución pasa por mirar hacia el futuro y no hacia el pasado. Un falso revisionismo que, además, no alcanza a los cientos de caudillos que a lo largo del siglo 19 se hicieron con el poder en las nuevas repúblicas americanas

Derribando estatuas, reconstruyendo la memoria. El discurso histórico en torno a la conquista de América a cinco siglos vista

sumiendo a dichos países en décadas de clientelismo político y violencias arbitrarias mientras fomentaban la esclavitud y la requisita de tierras a los nativos.

Pero no solo los mensajes de líderes populistas –aupados muchos de ellos a puestos prominentes por mor de circunstancias económicas adversas– son la causa explicativa del rencor que se ha inoculado en buena parte del continente americano, sino que esta hay que buscarla también a este lado del Atlántico, en el propio solar hispano del que partieran los conquistadores y en cómo se ha concebido e instrumentalizado la historia de España en los últimos tiempos.

A tal situación ha contribuido el abandono del relato de nuestra Historia por investigadores y estudiosos españoles, dejando la construcción del mismo en manos de profesionales extranjeros, en no pocas ocasiones pseudohistoriadores que no proceden del ámbito de esta ciencia, sino del periodismo y otras ramas afines. Muchos de ellos, proceden además del ámbito anglosajón y han contribuido a la pervivencia de la leyenda negra al abordar la Historia desde una perspectiva que política, cultural, religiosa e idiosincráticamente no concuerdan con la tradición hispana. Ya en los Siglos de Oro fueron los principales instigadores de buena parte de las farsas y patrañas vertidas sobre nuestra historia, recogidas por los independentistas criollos a principios del siglo 19 –cuyo interés no era el progreso de “sus” pueblos, sino que tenían aviesas intenciones crematísticas precisamente a través del comercio inglés– y resucitado actualmente por los líderes populistas hispanoamericanos. Se comete así una enorme injusticia con los protagonistas de la conquista y colonización de América, y, sobre todo, con un patrón de organización y administración de un vasto territorio que fue modélico y que en nada se parece al imperialismo fagocitador de otras potencias europeas para quienes los indígenas resultaban excluidos de las instituciones, la administración y del sistema educativo (Cozzens 2018).

¿Qué ocurre en España para que los españoles odiamos incluso a nuestro país? ¿Qué extraño sortilegio se guarece en el alma de los habitantes de esta vieja nación para que no existan autoestima ni orgullo de pertenencia? La autoestima es el resultado de la forma en que interpretamos nuestra historia y proyectamos nuestro futuro. Las causas de nuestro desapego colectivo transitan desde el desmoronamiento de un imperio colosal a lo largo de siglos en un periodo de crisis secular hasta un proceso de años de deterioro y derrotas que se inician en 1808 y culminan en la humillante guerra de 1898.

No quiero, sin embargo, desaprovechar esta oportunidad para aportar alguna reflexión más acerca de la leyenda negra y su influencia en nuestros días, así como el aprovechamiento e instrumentalización torticera que algunos han hecho para sacar réditos políticos en la actualidad. La irrupción de los nacionalismos vasco y catalán no ha ayudado en absoluto al aprecio de los españoles por sí mismos. Nunca han sido más beligerantes que ahora. Han construido su superioridad sobre el resto de España retorciendo la Historia. Es más, han demonizado todo lo que tiene que ver

con España y los españoles para justificar su desapego e incluso su ataque al Estado y a sus estructuras. A tal punto llega la ignominiosa postración del gobierno español –necesitado de apoyos parlamentarios– al nacionalismo excluyente vasco y catalán que la Ley de Memoria Democrática ha sido pactada con el grupo parlamentario del nacionalismo de extrema izquierda vasco *abertzale* encarnado por Bildu, integrado por miembros y herederos del grupo terrorista ETA (*El Confidencial*, 28 de junio de 2022).

Pero este fenómeno no es nuevo, si no que tiene hondas raíces en el discurso de una izquierda que se siente moralmente superior por haber sufrido la derrota de 1939. El período franquista sirvió para que tanto la izquierda interior como la exiliada cargasen contra nuestro país para presionar al régimen. Esa izquierda, que se sentía moralmente superior, fue ridiculizando, por ideología o por mera contraposición, los símbolos de nuestra grandeza, que el régimen quería recuperar para recuperar el orgullo patrio y frenar el internacionalismo obrero. Así, El Cid quedó en un mero cazador de recompensas, la reina Isabel no se lavaba ni cambiaba la camisa, Felipe II fue recordado como un monarca oscuro, y la cultura española del Siglo de Oro fue despreciada por racista y antisemita. Aquella izquierda no logró acabar con Franco, pero casi termina con cualquier vestigio de orgullo patrio.

La transición iniciada en los setenta pretendió restaurar ese patriotismo, pero el complejo del PSOE relegó nuestros símbolos a un bochornoso segundo plano, que lastra cualquier intento de catarsis emocional. El empeño que en ello puso el presidente Zapatero encontrará difícil indulgencia por parte de la Historia. Pero con ser grave la situación vivida al calor del experimento de la “Alianza de Civilizaciones”, la clase dirigente actual se ha demostrado incapaz de dibujar un futuro en el que podamos proyectar nuestros valores y nuestra dignidad como gran nación, más aún cuando el gobierno se ha construido sobre la base del socialismo más radical aliado con un partido de extrema izquierda financiado y patrocinado por el régimen chavista, con la anuencia clave de los independentistas catalanes y el apoyo decisivo de los herederos del terrorismo vasco.

Sorprende por tanto cómo en pleno siglo 21 la historiografía española continúa plegándose a los mandados que llegan del otro lado del mundo avergonzada de asumir los logros propios de la nación –guerra de ocho siglos frente al Islam, descubrimiento, conquista y colonización de América, primera circunnavegación mundial y un largo etcétera que sería muy prolijo citar aquí– por cuanto la reafirmación orgullosa de los mismos significa postularse contra el pensamiento actual, pensando quizás que el país que reivindica su pasado se convierte en un paria en el mundo globalista en el que cada cual deja de lado los elementos genuinos de su esencia para asumir mensajes homogeneizadores.

Acaso, aquellas naciones que forjaron la leyenda negra, ensombrecidas por el poderío hispano, hicieron de la cita de Salustio *post gloriam invidiam sequi* (Salustio 2018) el mejor instrumento para socavar para la posteridad las gestas, las hazañas y el buen hacer de los hombres y mujeres que forjaron un mismo mundo a partir de

Derribando estatuas, reconstruyendo la memoria. El discurso histórico en torno a la conquista de América a cinco siglos vista

dos culturas separadas por un océano. Hombres y mujeres que se fundieron con los moradores americanos para dar lugar a los antepasados de aquellos que protestan contra los conquistadores, unos conquistadores que no son otra cosa sino su ascendencia toda vez que llegados a América y mezclados con sus habitantes fueron los causantes de la proliferación de los apellidos que lucen en su onomástica (Roca Barea 2023).

En definitiva, no podemos construir el relato histórico desde el prisma de nuestra idiosincrasia actual abstrayéndonos de las particularidades, especificidades y singularidades de aquellos lejanos siglos renacentistas. No podemos juzgar a las personas y los hechos ocurridos en el siglo 16 con los patrones propios del 21 pues si sacamos de contexto estas personas y hechos caeremos evidentemente en interpretaciones subjetivas y sesgadas que podrán ser utilizadas con aviesas intenciones políticas o para servir a determinados intereses partidistas de confrontación y enfrentamiento, pero nunca de encuentro y concordia. Sirva esta plataforma que se me concede en este encuentro de hispanistas celebrado en el corazón de la vieja Europa para proclamar que es más lo que nos une que lo que nos separa, más útil la reivindicación constructiva de nuestro pasado que la obcecación por resucitar pasados odios cainitas que nada aportan y que no merecerán más que citas anecdóticas en el relato de la gran Historia.

Referencias bibliográficas

- Anónimo, 2010. *Saga de los groenlandeses y Saga de Erik el rojo*. Madrid: Siruela.
- Antequera, Luis. 2021. *Historia desconocida del descubrimiento de América. En busca de la nueva ruta de la seda*. Madrid: Almuzara.
- Arco Blanco, Miguel del. 2016. *La Historia de España en sus textos. Estudio y selección de fuentes históricas para el aprendizaje de la Historia*. Granada: Universidad de Granada.
- Baquero Moreno, Humberto. 1996. "Portugal: do Mediterrâneo ao Atlântico, no século XV." *Anales de la Universidad de Alicante: Historia medieval*, 10: 197-213. <https://doi.org/10.14198/medieval.1994-1995.10.10>.
- Calvo Buezas, Tomás. 2022. "¿Destruir estatuas o escribir libros? La gesta de Hernando de Soto en Estados Unidos." *Almenara. Revista extremeña de Ciencias Sociales*, 4: 145-159. <https://doi.org.10.17398/1889-6286.14.145>.
- Cantera, Santiago. 2022. *Luces de la Hispanidad. La valiosa huella española en América, un legado fértil*. Córdoba: Almuzara.
- Cardelús, Borja. 2018. *La civilización hispánica. El encuentro de dos mundos*. Madrid: Edafc.
- Chamorro Molina, José. 2022. *Cuando España cambió el mundo. 1492-1522 de Colón a Elcano*. Córdoba: Almuzara.

- Colón, Hernando. 1932. *Historia del almirante don Cristóbal Colón*. Madrid: Victoriano Suárez.
- Cozzens, Peter. 2018. *La tierra llora. La amarga historia de las guerras indias por la conquista del Oeste*. Madrid: Desperta Ferro.
- Decreto del Presidente Hipólito Irigoyen declarando feriado el día 12 de octubre*, firmado en octubre de 1917. https://bibliotecadigital.aacid.es/bibliodig/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=1026940.
- Diario de Mallorca*, 21 de junio de 2020.
- El Confidencial*, 28 de junio de 2022.
- Enkvist, Inger y Vicente Ribes. 2021. *La conquista de América. España y el Nuevo Mundo (1492-1580)*. Madrid: Cátedra.
- Heras, Isabel de las y María Monteagudo. 1988. *La España y los españoles. Del descubrimiento y la conquista de América*. Córdoba: Centro de Estudios Históricos Profesor Carlos Segreti.
- Káiser, Axel y Gloria Álvarez. 2016. *El engaño populista: Por qué se arruinan nuestros países y cómo rescatarlos*. Bilbao: Deusto.
- Ladero Quesada, Miguel Ángel. 1989. *Los Reyes Católicos. La corona y la unidad de España*. Valencia: Asociación Francisco López de Gómara.
- La Nación*, 9 de junio de 2013.
- Lumis, Charles. 2017. *Los españoles ensancharon el mundo*. Madrid: Guadarramistas.
- Lumis, Charles. 2016. *Exploradores españoles del siglo XVI. Vindicación de la acción colonizadora española en América*. Madrid: Edafc.
- Malamud, Carlos. 2010. *Populismos latinoamericanos. Los tópicos de ayer, de hoy y de siempre*. Oviedo: Nobel.
- Morales Padrón, Francisco. 2003. *Sevilla en América, América en Sevilla*. Sevilla: Instituto de la Cultura y las Artes.
- Negrete, Javier. 2018. *La conquista romana de Hispania*. Madrid: la Esfera de los Libros.
- Negro Pavón, Dalmacio. 2012. “La mitificación de la Monarquía Hispánica y la diátesis de España.” *Razón española. Revista bimestral de pensamiento*, 174: 8-40.
- Roca Barea, Elvira. 2023. *Imperiofobia y Leyenda Negra: Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio Español*. Madrid: Sirvela.
- Rodríguez, Pablo. 2007. “Sangre y mestizaje en la América Hispana”. En *Familia y organización social en Europa y América: siglos XV-XX*, editado por Francisco Chacón et al., 255-274. Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia.
- Salas Perea, Alberto Martín. 1991. “El mestizaje en la conquista de América.” En *Historia de las mujeres en Occidente*, editado por George Duby, 539-556. Madrid: Taurus.
- Salustio, Cayo. 2018. *La guerra de Yugurta*. Madrid: Cátedra.

Derribando estatuas, reconstruyendo la memoria. El discurso histórico en torno a la
conquista de América a cinco siglos vista

Sánchez Martínez, Antonio. 2010. "Los artífices del Plus Ultra: pilotos, cartógrafos y cosmógrafos en la Casa de Contratación de Sevilla durante el siglo XVI." *Hispania. Revista española de Historia*, 70 (326): 607-632. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Sánchez Saus, Rafael. 2000. *La conquista del Atlántico: navegación, colonizaciones y comercio en los siglos VI-XV*. Madrid: Arco Libro.

Séneca, Lucio Anneo. 1980. *Tragedias*. Madrid: Cátedra.

Wahlgren, Erik y Jesús Pardo. 1990. *Los vikingos y América*. Madrid: Destino Ediciones.